

Turismo rural: profundidad en la España profunda

LOS últimos años

han visto expandirse con fuerza por nuestro país un fenómeno que se ha denominado «turismo rural». Consiste éste en la explotación turística del abandonado hábitat rural

bajo los auspicios de una oferta atractiva de naturaleza, calma, calidad de vida, deporte y cultura. El viajero se aloja en casas gestionadas por gente de la aldea que mantiene una relación más que cordial con el cliente. Es frecuente que haya

una acogida calurosa y que los alojados convivan con los dueños bien en alguna comida, en paseos o enseñándoles el modo de vida del pueblo. La situación exige del cliente una nueva definición del «turismo» muy alejada del turismo de masas, de los viajes organizados o del «turismo de consumo pasivo» donde uno tiene todo a su disposición. El turismo rural es turismo activo: invita al viajero a moverse, a conocer

la región, a buscar sus tesoros artísticos y etnográficos, a practicar deportes como el senderismo, la equitación o el ciclismo.

Esta forma de ocio surge a finales de los ochenta en España de la mano de comunidades pioneras como el País Vasco,

Navarra, Aragón y Cataluña (en resumen, la falda del Pirineo). Estas regiones deciden lanzar la iniciativa a una clientela que tradicionalmente acudía en busca de montañas con un estilo sobrio e integrado en las poblaciones. En estos años han logrado interesar a un segmento del mercado que además tiene una gran fidelidad. Actualmente la demanda crece más rápidamente que la oferta, lo que genera expectativas buenas para el campo, y una reflexión por nuestra parte.

Los gozos

EL «turismo verde» se ha extendido por casi todas las provincias animando una nueva forma de disfrutar del tiempo libre. Queremos subrayar el carácter «vívaz» de este turismo: el turista rural no puede ser consumista y pasivo sino contemplativo y activo. Turismo contemplativo porque el gozo viene de dejarse sorprender y empapar por la tierra y la historia del lugar. Los sitios huyen del maximalismo de los parques de atracciones o los grandes centros (la mayor playa, el mejor marisco, la mayor montaña rusa, el hotel más lujoso...). El turismo rural no cambia nada, sólo la actitud del viajero. Ofrece una hostelería austera donde la calidad se acentúa en un maravilloso entorno natural y cultural (gastronomía, fiestas, arte, modo de vida, etc.). El turismo rural ha llegado incluso a promover la restauración completa de pueblos derruidos y cedidos por el municipio a las instituciones que los reconstruyan en las condiciones en que tradicionalmente estaban.

Quizás la principal virtud viene de que el viajero se integre dentro de la comunidad rural a la que acude. Mira con discreción, no intenta «comprar» lo que ve, entra en conversación (sobre todo con los ancianos y los niños), intenta adaptar su estilo de vida al de la aldea (poco ruido, apacibilidad, etc.). No es un turismo estacional, sino que se practica todo el año y es respetuoso con el medio rural y comunitario en el que se inserta. De aquí vienen algunas sombras...

Y las sombras

EL turismo rural corre tres peligros:

Primero, que la cultura desarrollista alcance a esta modalidad de tiempo libre. Sería como matar a la gallina de los huevos de oro por sobre-explotación. El medio rural, para mantener el estilo de este ocio «cultural», debe contenerse y no saturarse. Quedan, además, muchísimos espacios vacíos de casas rurales sobre los que hay demanda.

Segundo, el medio rural debía conservar su hábitat con la mayor fidelidad posible. En dos sentidos: protección del patrimonio ecológico y desechar complejos de «atracciones» (en plan «Portagricultura») no naturales al medio, que prostituyan aquella calma y aquel «turismo activo» que busca la clientela actual. Hay que proteger la autenticidad del lugar, que es el lugar.

Esa protección se enfrenta a la dialéctica con el mismo pueblo. Generalmente parte de esta población quiere acercarse al estilo urbano por lo que de esta prosperidad requerirán progresos desarrollistas; al mismo tiempo, la creciente clientela de casas rurales deja la ciudad buscando lo genuinamente rural y huiría ante esa «contaminación urbana». Las relaciones no son fáciles y precisarán una elección semejante a la que ya han hecho muchas poblaciones rurales que han optado por la conservación del patrimonio cultural comunitario absorbiendo los avances de la modernidad dentro de una tradición muy sólida.

Tercero, control por parte de los hosteleros y de las autoridades municipales para que las personas que acuden no violen la convivencia de la comunidad rural en que se integra, lo que no sólo desharía el atractivo sino que causaría grandes daños al propio pueblo. Denunciamos especialmente casos de pueblos repoblados en los que se han establecido colonias de turistas que depravan el medio comunitario en que conviven. Preservar a la comunidad del vandalismo turístico.

Profundidades de la España profunda

ESTAMOS convencidos de que el turismo rural es un medio de crecimiento para el hombre que quiere descansar. Es una agencia de cambio. No la más potente, pero introduce nuevas actitudes a través de la calidad del tiempo de ocio. Y no sólo es un «consumismo ocioso» sino que acerca a los «urbanitas» a una realidad rural que frecuentemente está sumida en una grave crisis económica y de identidad. Conocer de primera mano un país agricultor, ganadero y pescador nos arrima a una realidad social invisible para los habitantes de los rascacielos.

También es positivo el peso que tiene este turismo en la economía local ya que estas casas rurales son sustentadas por pequeñas empresas, cooperativas o modestos propietarios. Estas microempresas rurales son una entrada al mercado para mucha gente y las administraciones deberían aportar las infraestructuras y las financiaciones necesarias para su buen desarrollo. Entre esas obras de apoyo al turismo rural, animamos a que se añada una gestión ecológica del patrimonio forestal y zoológico, y una recuperación del patrimonio artístico-monumental. Da pena ver cómo valiosas obras arquitectónicas están gravemente dañadas o perdidas. Sería bueno promocionar personal que colaborara a mostrar y valorar nuestra herencia cultural ante el viajero (personal proveniente de campos de trabajo para jóvenes o personas del propio pueblo). Las posibilidades que surgen cuando comenzamos a pensar en los bienes que podría tener esta expansión del turismo rural sugieren todo un proyecto para la «España profunda».

En una España que dejó de ser un pueblo hace tan sólo treinta años, el diálogo de tú a tú con el rural nos rehabilita como país reconciliándose con nosotros mismos no desde la nostalgia, sino desde una mirada al mañana. Cuando uno vive unos días en la «España profunda», vuelve, efectivamente, más profundo.